

rías surgidas y desarrolladas posteriormente, incluyéndose la sociología cultural, la analítica, la histórica, el interaccionismo simbólico, la teoría crítica de la sociedad, el psicoanálisis social, la fenomenología, la etnometodología, la teoría de la decisión racional, etc., con el resultado de un contenido pleno de ideas novedosas dentro de este diccionario, donde —repito— cada concepto se explora y explica, con las lógicas limitaciones impuestas por el carácter generalista de la publicación.

La estructura alfabética adoptada ofrece una representación útil para el usuario, coherente y sistemática, sobre las unidades conceptuales de la vida del hombre en agrupación y colectividad, así como sobre las formas simbólicas de la sociedad (lenguaje, ritos, mitos); e incluyendo los diferentes modelos elaborados por los teóricos de la sociedad, la cultura y la personalidad (puesto que los límites entre la sociología, la psicología social y la antropología son a menudo imprecisos). Sobre todo facilita la consulta de los términos acerca de las diversas metodologías que el desarrollo de la sociología empírica ha propiciado en sus dos principales dimen-

siones analíticas: la cuantitativa y la cualitativa, así como las formas de integración necesarias para su aplicación al conocimiento de la estructura social en sus diferentes niveles y dimensiones: población, ecología, movilidad, urbanización, economía, cultura, comunicación, migración, etc.

Entre las novedades terminológicas, que hay muchas y en esto destaca sobre otros diccionarios publicados (aunque también de alta calidad), destaca la recuperación de Fermín Caballero, sociólogo español de mediados del siglo XIX, cuya labor se realizó en los campos de la sociología rural y de la sociología política; y que, aunque poco conocido (como muchos otros que tendremos que recuperar poco a poco), tiene un marcado interés histórico-cultural para la sociología española, ya que ha sido revalorizado gracias a la labor de la Asociación Castellano-Manchega de Sociología y del Ayuntamiento de Barajas de Melo, donde nació.

Miguel Roiz

Universidad Complutense de Madrid
Dpto. de Sociología VI (Opinión
Pública y Cultura de Masas)

MAFFESOLI, Michel

La part du diable

París: Flammarion, 2002

Vivimos tiempos de incertidumbre. Las distinciones y las dualizaciones que alimentaron de la modernidad han entrado en quiebra. Sus identidades rígidas, inconfundibles y autosuficientes parecen dar paso a una nueva atmósfera, la posmoderna, en la que predomina *lo híbrido* en todos los aspectos de la sociedad. El tenor economicista y funcional de la modernidad deja su lugar a un semblante social que celebra los límites difusos y las identidades nómadas. Allí donde

antes primaban las *unidades individuales* cuales mónadas sin ventanas y desligadas entre sí habitando un espacio lógico e inerte, ahora destaca el agitado y convulso *fondo pasional* del cual brotan las unidades individuales como ramificaciones emparentadas unas con otras por una raigambre común. En ellas habita el todo, con sus impurezas cósmicas y sus flujos vitales, en ellas convive lo propio y lo ajeno, la identidad y la alteridad.

Este cambio de atmósfera social es el que detecta la sociología de Michel Maffesoli. Los viejos atuendos y ropajes de una sociedad deudora del *concepto* ya no sirven para la posmodernidad esteticista que se demora en el símbolo para ligar los fragmentos del mundo y de la sociedad. La presencia del símbolo impregna una óptica sociológica que, frente al frenesí de la diferenciación de la modernidad, aboga por reinstaurar una visión *holista* sin menoscabar lo singular y lo específico. Se trata de reagrupar los elementos comunicados por una racionalidad que desdeña lo promiscuo, de ligar el espíritu y la materia, lo masculino y lo femenino, el bien y el mal, en definitiva, de desescombrar el bestiario de una modernidad prometeica ante cuyas imágenes deformes (el mito, la tradición, la tragedia, la muerte, lo onírico, lo imaginario) ve peligrar la solidez del orden social y la racionalidad pura del hombre civilizado.

Un cierto halo de religiosidad impregna este enfoque social. No en vano, si el signo técnico separa para analizar con rigor, el símbolo, por su connatural disposición a re-ligar los fragmentos del mundo (hombre-naturaleza-dios) separados por la modernidad, apunta a *lo que religa* (en clara sintonía con la religión en su voz latina *religio*), a una visión totalizadora en la que las partes se rozan y se afectan. De aquí se deriva una imagen en la que lo social, mimetizando el metabolismo del organismo cósmico, aparece como un cuerpo vivo, regado por un flujo sanguíneo continuo, sujeto a equilibrios precarios e inmerso en un proceso de renacimientos y muertes permanentes.

El último libro de este sociólogo francés prestigiado internacionalmente por una obra copiosa y original viene a incidir en aspectos ya tratados con maestría en libros precedentes tan significativos para la sociología contemporánea como *El tiempo de las tribus*, *El conocimiento ordinario*, *De la orgía*, *Elogio de la razón sen-*

sible y otros. En todos ellos, Maffesoli pretende plantear una suerte de sociología de impronta mediterránea que, frente a la desmesura de la racionalidad, del deber-ser y del orden, fomentada por la Europa anglosajona, concede protagonismo a los accidentes, al sentido y a la expresividad del hombre. Se trata de una *sociología que sabe*, además de por su saber, por su *sabor*, una sociología que otorga la voz y la palabra al color, al tono y al aroma de la materia, que nos habla del gusto de los cuerpos por la atracción y el roce, que atiende a la porosidad del sentir-sentido de los individuos.

Varias son las influencias teóricas que se dan cita en una obra tan singular e inconfundible como la de Maffesoli: Emile Durkheim y la presencia de la religión como fermento de lo social, Gilbert Durand y Carl Gustav Jung como representantes señeros del Círculo de Eranos tan dado a escarvar en la trascendencia inherente al simbolismo humano, Max Weber en lo que tiene de precursor de la idea de *politeísmo* de valores como algo propio de la modernidad, y Georg Simmel con su mirada esteticista atenta al gesto anímico de una sociedad a partir de sus detalles y fragmentos singulares. Sin olvidar la presencia de poetas (Fernando Pessoa), teólogos (Raimon Pannikar) y mitólogos (H. Corbin) que sugieren formas de expresar lo inexpressable, la *cointidentia oppositorum*, como la entraña de la realidad social.

Con todos estos materiales hilvana una trama sociológica que se acerca al hecho social in *status nascendi*, emergiendo desde ese magma imaginario en el que la acción social pacta con la tradición evocadora, con la materia cósmica, con la matriz lat(i)ente de lo vivo, con la muerte, etc. A partir de estas corrientes subterráneas de sentido, Maffesoli pinta un modelo social en el que los individuos actúan por *afectación*, por procesos de identificación y adhesión despojados de cualquier otra razón que la estrictamente pasional. Se

sienten llamados por la *libido sentiendi* que les funde en una unidad en la que se reconocen. Esa unidad que se crea y destruye en cada lance social rebasa el dominio propiamente humano y compromete las dimensiones imaginarias y poéticas del mundo en las que rige lo a-moral y lo a-lógico, en las que fermenta la creatividad, la locura, la tragedia, en las que la razón se abisma en *tierra extraña*.

Por ello mismo, la posmodernidad entrevista por Maffesoli siente cercana la presencia de realidades que la modernidad anatematiza por ser contrarias a la pureza de la razón: lo imaginario, lo poético, lo fragmentario, lo onírico, lo religioso, la tradición. Todas ellas nos hablan de una visión *organicista* del mundo en la que nada queda fuera, en la que todo coparticipa de todo, en la que el mal parece trágicamente rehabilitando la creatividad humana a partir de las ruinas que deja a su paso. Se apuntaba anteriormente la importancia que la sociología de Maffesoli concede al simbolismo. No en vano, a su través todo queda relacionado con una *red ontológica* (no virtual) de la que no hay salida y en la que se recoge la complejidad de una realidad infinita en devenir perpetuo. Precisamente el simbolismo permite a Maffesoli expresar la presencia efectiva de procesos anónimos e impersonales que promueven una conciencia humana desgarrada y escindida por cuanto su existencia obedece a razones oriundas del alma del mundo y cargadas de misterio. El propio símbolo remite a la hermandad de la vida social con lo *totalmente otro* (R. Otto) que habita el cosmos y el devenir natural.

En este sentido, el libro que aquí se presenta pretende restituir a la vida social esa *parte del diablo* que es irrenunciable en la realidad del mundo y de la sociedad. Se trata de lo *negado* por la tradición occidental de pensamiento que ha visto el mal como algo sin consistencia, sin substancia, como mera ausencia de bien, para así promover una definición de lo

real como algo inmutable, lógico e inmaculado, al estilo del *Ser* de Parménides, las *Ideas* de Platón, el *Espíritu* de Hegel o las *Leyes de la Historia* en Marx. Maffesoli reivindica un lugar en nuestras sociedades para la *parte maldita* (en expresión de G. Bataille) que promueve escenas tan presentes en las sociedades contemporáneas como la rabiosa intensidad del instante efímero, la ausencia de cualquier óptica histórica en clave de progreso, la necesidad de encuentros emocionales que aglutinan identidades colectivas, la laxitud y la precariedad de hechos y relaciones por cuanto deudores de afectos y no de compromisos dogmáticos, etc.

La *parte del diablo* apunta, por tanto, a una visión del mundo cargada de turbulencias, a un esquema ontológico basado en una tensión irrevocable entre fuerzas que no saben de reconciliación y que reinciden en el desgarramiento como ya indicaban Heráclito, Nietzsche y Simmel (entre otros). *Lo que hay*, lo sustantivo, es escisión, y lo adjetivo apunta a sus *suturas simbólicas* transitorias y precarias que no pueden contener la inexorabilidad del caos. Se trata de enfocar la realidad social desde la tragedia y no desde el drama, desde los desajustes derivados de fuerzas en colisión y no desde la armonía propia de organismos que, sin agitación interna, mueren por inanición.

Así, estampas tan presentes de nuestra cotidianidad como la omnipresencia de la fiesta, el demonismo en sus múltiples expresiones, la magia, la astrología, la videncia, los alucinógenos, los productos tóxicos, los psicotrópicos, el regodeo televisivo en la desgracia ajena, nos ponen sobre la pista de una sensibilidad social que encara, reconoce y experimenta en sus carnes lo que la modernidad ocultó, el territorio daimónico de lo imaginario y de lo dionisiaco a partir del cual quiebra la rigidez y el autocontrol del individuo contemporáneo y asoma su perfil monstruoso y horrendo que sólo el gran arte de los últimos siglos (Friedrich y

Goya entre otros) ha sido capaz de retratar.

La pretensión teórica de Maffesoli es la de integrar en el orden social aquello que de continuo pugna por minar sus cimientos, aquello que, soterrado, atrae por desconocido, aquello que pone al hombre en el límite entre la cordura y la locura. Su pupila analítica alcanza hasta donde fecundan los extremos que nuestra tradición de pensamiento ha mantenido escindidos e incommunicados.

Estamos ante un trabajo de indudable envergadura teórica y explicativa. Su originalidad pasa por destapar el susurro de fondo que desprende el flujo perpetuo de esas metáforas evocadoras (de las que habla Nietzsche) que se incorporan al presente histórico reinventando en cada caso al hombre. La definición que éste se da en cualquier contexto histórico es contemporánea de ese magma metafórico que no deja de insinuar, sugerir y evocar pautas de significado y modelos de acción.

Sin embargo, frente a lo que parece proponer el propio Maffesoli, ese magma o imaginario social no es privativo de la posmodernidad. Si acaso, en ella se es más consciente de su presencia en la ideación humana por la cercanía en el tiempo del poso que en la reflexión filosófica deja el giro hermenéutico (Heidegger y Gadamer) y que define al hombre como intérprete. Si bien en la modernidad iconoclasta el imaginario pierde todo protagonismo a favor de la conciencia autónoma y desencantadora, en la pos-

modernidad todo parece ser imagen o imaginario con el peligro que eso supone de confundir las imágenes de la conciencia colectiva actual (*tipos* tales como el galán de turno o la top-model del momento) con las imágenes del imaginario o inconsciente cultural (*arquetipos* como Hermes, Dioniso, Deméter), que son potencialidades de representación contemporáneas de toda forma de vida. Ayer, hoy y mañana, el componente analógico de la imaginación nutre las distintas formas de conciencia humana que tienen en común no lo que dicen y expresan, sino lo que callan y ocultan, esa presencia *innombrable* que nos da la voz, la palabra y el sentido. El imaginario es la *tradición de lo pensado* por el hombre, como insinúa el mentor y el maestro de Maffesoli, Gilbert Durand. Sería *lo trans-histórico* conjugado por el presente, hecho presente. En definitiva, el fondo ecuménico que nutre de contenidos figurativos y simbólicos a toda sociedad, incluida la de la *cultura de la imagen* de nuestros días.

Esta última observación tan sólo pretende aclarar un punto que es menor en el argumento del autor y que en ningún caso afecta a la entraña de un trabajo que, entre sus virtudes, se encuentra la de llamar a las cosas por su nombre, independientemente de que sean o no previsibles, lógicas, cas, uniformes.

Celso Sánchez Capdequí
Universidad Pública de Navarra
Dpto. de Sociología